

Ambientes bohemios: diversidad sexual en la capital mexicana durante los fabulosos años veinte

Gabriela Cano*
El Colegio de México

El artículo caracteriza las *balmoreadas* –fiestas efectuadas en domicilios privados de la ciudad de México entre 1925 y 1931– como espacios de sociabilidad bohemia. Estas fiestas tenían un fin moralizante: exhibir los efectos nocivos de la ambición económica que movía a muchas personas en la sociedad urbana posrevolucionaria. Al mismo tiempo, sin embargo, las veladas servían como espacios privados de diversión, esparcimiento y aceptación de la diversidad sexual, que desafiaban las convenciones del género y la sexualidad en espacios públicos. El artículo se centra en los significados de expresión de esta diversidad sexual que han sido escasamente analizados en la literatura historiográfica anterior.

Palabras clave: diversidad sexual, farsas, fiestas, homosexualidad, moralización, travestismo masculino.

This article examines *balmoreadas* –a type of party that took place in private homes in Mexico City between 1925 and 1931– as spaces for bohemian socializing. *Balmoreadas* served a moralizing purpose by showcasing the

*Este artículo se benefició de los comentarios recibidos en el coloquio “Pushing Borders, Extending Mexican, US and Chicano Historiographies”, de la University of Texas at Austin; el Seminario Permanente de Investigación del Programa Interdisciplinario de Estudios de Género de El Colegio de México; el XV Encuentro Internacional de Historiadores de México; y el congreso de la Latin American Studies Association (LASA) de 2018. Agradezco asimismo las observaciones de los dictaminadores anónimos de *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* y de la profesora Clara E. Lida, co-directora del Seminario de Historia Social de El Colegio de México; la colaboración de Elena Crespo, Fátima Muciño y Yasmín Nava en la búsqueda de prensa y archivo; y la información que Sebastián Rivera Mir y Ernesto Reséndiz Oikión tuvieron a bien compartir conmigo.

Mexican Studies/Estudios Mexicanos Vol. 36, Issue 1-2, Winter/Summer 2020, pages 167–191. ISSN 0742-9797, electronic ISSN 1533-8320. ©2020 by The Regents of the University of California. All rights reserved. Please direct all requests for permission to photocopy or reproduce article content through the University of California Press's Reprints and Permissions web page, <https://www.ucpress.edu/journals/reprints-permissions>. DOI: <https://doi.org/10.1525/msem.2020.36.1-2.167>.

harmful effects of economic ambition that shaped many people's lives in postrevolutionary urban Mexican society. At the same time, the gatherings provided private spaces for amusement, entertainment, and acceptance of sexual diversity while defying conventions of gender and sexuality in public spaces. This article focuses on the meaning of expressing this sexual diversity, which has received little attention in previous historiographical research.

Keywords: hoaxes, homosexuality, male travestism, moralization, parties, sexual diversity.

Introducción

Este artículo examina las balmoreadas –fiestas efectuadas en domicilios privados de la ciudad de México entre 1925 y 1931– como espacios de sociabilidad bohemia. Carlos Balmori era un inmigrante español que había elegido invertir su cuantiosa fortuna en el México posrevolucionario. Su personalidad estrafalaria y las fiestas que organizaba en su mansión de la colonia Del Valle eran un secreto a voces entre algunos miembros de la élite intelectual y política de la ciudad de México. El verbo *balmorear* y los sustantivos derivados – *balmoreo*, *balmoreadas*, *balmoristas* y *balmoreadores*– se referían al hecho de ser tanteado o chasqueado por Balmori y sus cómplices.

Las balmoreadas constituyen un episodio hasta ahora desconocido de la historia de la sexualidad en la ciudad de México. En el artículo analizo las identidades sexuales que se manifestaron en las fiestas de Balmori. El análisis parte del supuesto de que la sexualidad es un concepto amplio, que abarca tanto la identidad como expresiones corporales y el deseo sexual. Dichas manifestaciones de la sexualidad son hechos históricos contingentes y que se manifiestan dentro de entramados socioculturales específicos. Desde esta perspectiva, las balmoreadas fueron propicias a la expresión de identidades sexuales diversas ya que entre los invitados a las veladas había travestis femeninos (hombres con atuendo femenino que se hacían pasar por mujeres atractivas y coquetas). Más aún, la representación del personaje de Balmori puede interpretarse como un acto de travestismo masculino, el que Concepción Jurado se hacía pasar un excéntrico inmigrante millonario.

Las balmoreadas tenían un fin moralizante al exhibir los efectos nocivos de la ambición económica que movía a muchas personas en la sociedad urbana posrevolucionaria. Al mismo tiempo, sin embargo, las veladas servían como espacios privados de diversión, esparcimiento y aceptación de la diversidad sexual, que desafiaban las convenciones del género y la sexualidad en espacios públicos.

Más allá de su ambiente lúdico, sin embargo, uno de los rasgos de las balmoreadas era el ambiente de aceptación de la homosexualidad y el travestismo. Este artículo se centra en estos significados de expresión de esta diversidad sexual que han sido escasamente analizados en la literatura historiográfica anterior en el entorno cultural específico de la ciudad de México en la etapa posrevolucionaria, en la segunda mitad de la década veinte.¹ El ensayo se desglosa en varias partes. En primer lugar, se describen los rasgos principales de las balmoreadas. En un segundo apartado, se examinan las pistas sobre la diversidad sexual contenidas en las crónicas sobre las fiestas de Balmori, análisis que se hace a la luz de la obra y biografía de tres de sus principales organizadores y participantes: Eduardo Delhumeau, Luis Cervantes Morales y Rafael Heliodoro Valle. Este último, escritor de origen hondureño vecindado en la ciudad de México, tenía amistad con Salvador Novo y con Porfirio Barba Jacob, ambos escritores abiertamente gay que también habitaban en la capital en esos años. Si bien la apuesta de las balmoreadas no era estética, en el siguiente apartado se caracteriza a las veladas como sociabilidades bohemias debido a que el motor de las fiestas era la fascinación que el histrionismo de Jurado y su representación del millonario español ejercía sobre organizadores e invitados a las fiestas. La crítica a la acumulación de riquezas materiales y al trabajo disciplinado contenidas en el personaje de Balmori abona a dicha caracterización, sin perder de vista que las fiestas constituían un círculo social distinto al de los circuitos vanguardistas de la revista *Contemporáneos* por un lado y de los estridentitas por el otro. Por último, el artículo da cuenta de las manifestaciones de travestismo, de la diversidad sexual y del cambio que se aprecia en el juicio sobre la homosexualidad de Delhumeau.

Las balmoreadas

Gabardina o abrigo de lana, guantes de piel, espejuelos, mostacho postizo y fistol con un enorme brillante de vidrio para adornar el infaltable gahné eran los elementos que distinguían su atuendo.

1. El término de *diversidad sexual* alude a la amplia gama de identidades de género y de inclinaciones u orientaciones sexuales. Las identidades masculina y femenina convencionales son las asignadas al momento de nacer y que las personas conservan a lo largo de su vida, mientras que las identidades transgénero son identidades distintas a las asignadas al momento de nacer y que son resultado de una transición que puede ser de carácter permanente o temporal. La diversidad sexual abarca también la amplia gama de posibles orientaciones o inclinaciones sexuales, desde la homosexualidad, el lesbianismo y la bisexualidad hasta la heterosexualidad.

Usaba el sombrero enfundado hasta las orejas y jamás se lo quitaba. Semejante falta de urbanidad se explicaba por una susceptibilidad extrema a las corrientes de aire, tan frecuentes en el Valle de México, y a las que el inmigrante español no estaba acostumbrado. Un vozarrón y los acentos necesarios de maquillaje completaban el aspecto masculino de Balmori. De acuerdo con la leyenda que sedujo a muchas personas, Balmori era un inmigrante español que había elegido invertir su cuantiosa fortuna en el México posrevolucionario. Alardeaba de poseer una fortuna y, para la alegría de muchos, el millonario se mostraba deseoso de favorecer con cuantiosos cheques a toda aquella persona que le causara una buena impresión. La posibilidad de enriquecerse de un día para otro entusiasmó a muchos y casi todos aceptaban la invitación a asistir a una de las fiestas de Balmori. Esa misma ilusión de hacerse rico de manera inmediata y sin esfuerzo, tener una vida cómoda y ser parte de la élite económica condujo a hombres y mujeres a someterse a las exigencias absurdas del millonario. La promesa de un rápido ascenso social mediante un empleo bien pagado, un negocio lucrativo o un matrimonio ventajoso llevó a más de una persona a traicionar sus principios, vocaciones y compromisos, e incluso a tolerar injurias y malos modales. Otros sólo hicieron el ridículo.

Lleno de ilusiones, un vendedor de bienes raíces aceptó rasurarse la barba al presentársele la posibilidad de trabajar en la venta de lotes en la colonia Del Valle, como parte de la boyante empresa de Balmori. La colonia era uno de los fraccionamientos que en la década de los veinte extendieron el límite sur de la ciudad y donde se ubicaban tanto los terrenos como la mansión de ensueño de la que el español se ufanaba. Para el agente inmobiliario la oferta de Balmori representaba la oportunidad de recibir comisiones diez veces más altas que las que obtenía con la venta de lotes en Lomas de Chapultepec, la elegante colonia donde políticos y empresarios en ascenso construían lujosas residencias. Por eso aceptó cortarse la barba ante la insistencia de Balmori, aun cuando se había resistido a hacerlo por varios meses porque su novia se lo había pedido como una prueba de amor. Ni siquiera fue necesario traer a un peluquero: un asistente de Balmori apareció con unas tijeras y se puso manos a la obra.

En otra ocasión, Ernesto “El Chango” García Cabral, el talentoso y prolífico caricaturista y autor de las portadas de *Revista de Revistas* durante varias décadas, toleró los comentarios ofensivos con los que Balmori descalificaba sus dibujos. Como recompensa a su estoicismo, el artista recibió un cheque. Entusiasmado con el pago y ansioso por seguir complaciendo al millonario y recibir mayores beneficios,

accedió a bailar frente a un grupo de desconocidos. Acto seguido, recibió un cheque igualmente generoso.²

Hubo mujeres de distintas condiciones sociales y edades – casadas, solteras y comprometidas– que traicionaron a sus parejas al aceptar las propuestas matrimoniales de Balmori.³ Un beso apasionado sellaba el compromiso. En cosa de minutos, un juez –o mejor dicho, un supuesto juez– llegaba a la fiesta y presentaba las debidas actas de matrimonio que se firmaban en el acto. En algunas ocasiones, el juez iniciaba, incluso, un juicio de divorcio que liberaría a la mujer de las ataduras de un matrimonio anterior, dejándola libre para contraer nuevas nupcias.

Pero la ilusión era efímera. La magia se evaporaba cuando, ya avanzada la fiesta, de repente, don Carlos se quitaba el sombrero y el bigote postizo para mostrarse como una agradable señora mayor, que rondaba los sesenta años. Sus trenzas grises quedaban expuestas y con una sonrisa aclaraba que su nombre verdadero era Concepción “Conchita” Jurado y que los ofrecimientos de Balmori eran parte de una broma, de una escenificación. Explicaba entonces que todo era una fantasía. Y, por lo tanto, las esmeraldas y los cheques eran falsos, la promesa de traer animales exóticos desde muy lejos era una mentira, al igual que el empleo de inspector médico de fábricas localizadas a lo largo y ancho del país, ofrecido a un joven doctor. Si los negocios que Balmori se había jactado de poseer eran inexistentes, también lo eran las promesas de matrimonio que hizo más de una vez. Jurado explicaba que el propósito de hacerse pasar por un millonario excéntrico era disfrutar de un buen rato con un grupo de amigos y dar una lección moral a personas ambiciosas, haciéndoles ver la fragilidad de las riquezas materiales frente al valor de la amistad y el amor. “No todo lo que brilla es oro”, sentenciaba Jurado, para luego conminar a quienes habían caído en la tentación a no enojarse y a aceptar la invitación a ser parte del grupo y contribuir en la preparación de la siguiente broma. Algunas víctimas del engaño se ponían furiosas y no querían saber más de Balmori y sus amigos, pero la mayoría se unía a la diversión.⁴

Las escenas anteriores y otras semejantes ocurrieron en veladas que se celebraron en distintos domicilios particulares en la ciudad de

2. “La magia de la mentira causó alegría sin fin”, *Excélsior* (ciudad de México), 29 de noviembre de 1931.

3. Eduardo Delhumeau, *Don Carlos Balmori (su extraordinaria vida y bañías)* (México: Omega, 1938), 13, 20, 57, 193.

4. “Una anciana que aparecía como hombre millonario”, *El Universal* (ciudad de México), 28 de noviembre de 1931.

México o sus alrededores, entre 1925 y 1931.⁵ Caracterizar las balmoreadas como sociabilidades significa destacar que el fin principal de sus agrupaciones era disfrutar la convivencia con otras personas. No tenían un sentido político ni pragmático; ante todo se trataba de pasar un buen rato, disfrutando de la vida en grupo. En ese ambiente lúdico había espacio para la convivencia espontánea entre hombres y mujeres y para el coqueteo hetero y homosexual. Pese haber surgido de manera informal, las balmoreadas involucraron a unas tres mil personas a lo largo de seis años; uno de los organizadores y participantes más asiduos señala que en su mejor momento se hacían hasta tres veladas por semana. La frecuencia de las fiestas no se pudo sostener debido a la quebrantada salud de Jurado.⁶ Su fallecimiento a finales de 1931 significó el fin del personaje ficticio y la revelación en la prensa de la historia de las balmoreadas, conocida hasta entonces sólo por quienes participaron en ellas.

Los iniciados guardaron el secreto sobre la verdadera identidad de Balmori porque entendían que su discreción era necesaria para sostener la broma. Creer en la autenticidad del millonario era indispensable para ser objeto de una balmoreada. Si alguna de las personas resentidas con el grupo alguna vez reveló el secreto, la información no trascendió en la prensa sino que se reservó entre los entendidos. La complicidad se convirtió en un lazo duradero entre algunos balmoristas, quienes continuaron reuniéndose por varios años para recordar a Jurado y recordar los buenos tiempos que habían pasado en las veladas.

Balmoristas

La palabra *balmoreadas* y el personaje de Balmori se convirtieron en hechos sobresalientes de la cultura mexicana del siglo XX. Ambos aparecen registrados con entradas específicas en obras de referencia canónicas como el *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México* (1964) y la *Enciclopedia de México* (1978). Algunos de los participantes escribieron crónicas en la prensa y al menos dos de ellos publicaron libros dedicados a las fiestas del falso millonario.

El escritor hondureño Valle, el periodista y abogado Delhumeau y el médico Cervantes Morales fueron los principales organizadores de las balmoreadas y cultivaron la amistad de Jurado y su familia.

5. "La peregrina historia del supuesto Don Carlos Balmori", *El Universal Gráfico* (ciudad de México), 28 de noviembre de 1931.

6. Delhumeau, *Don Carlos*, 4.

Valle, Delhumeau y Cervantes Morales ayudaban a reunir información sobre la víctima y se la facilitaban a Jurado. El doctor Cervantes se hacía pasar por secretario particular de Balmori y se ocupaba de extender cheques falsos a nombre del millonario. Los tres amigos estuvieron presentes en el funeral de Jurado y cargaron en hombros su ataúd, junto con Ignacio Jurado, el hermano de la fallecida. Valle pronunció el obituario, en el que recordaba la alegría de esas “noches púrpuras”.⁷ A su muerte, Valle dejó en preparación el texto perdido “Las mil y una noches de Carlos Balmori”, mientras que Delhumeau y Cervantes Morales escribieron libros fundamentales sobre las balmoreadas.⁸

El abogado y periodista Delhumeau escribió *Don Carlos Balmori (su extraordinaria vida y hazañas)* y el doctor Cervantes Morales publicó *Memorias de Don Carlos Balmori, escritas por su secretario particular, 23 de junio de 1926 a 27 de noviembre de 1931*.⁹ Dichos libros, aparecidos con casi treinta años de distancia, en 1938 y 1969 respectivamente, representan la principal fuente de información sobre las balmoreadas. Los relatos tienen algunas diferencias entre sí, pero coinciden en lo sustantivo. El libro de Delhumeau, con un estilo periodístico ágil, fue clave para consolidar la leyenda de las balmoreadas. Apareció publicado cuando el recuerdo de las fiestas seguía vivo entre muchos de sus participantes y, que se sepa, ninguno de los balmoreadores ha puesto en duda su confiabilidad. El libro de Cervantes Morales es una edición de autor, obra de una pluma no profesional, y se publicó tarde cuando la mayor parte de los balmoristas ya había fallecido, incluido el propio Cervantes Morales.

Las balmoreadas se han narrado en crónicas y obras de ficción publicadas en libros, revistas y periódicos a lo largo de casi un siglo.¹⁰

7. “Una anciana que aparecía”.

8. Emilia Romero de Valle menciona el texto “Las mil y una noches de Carlos Balmori” entre las obras en preparación de su marido. Sin embargo, no fue posible hallar el manuscrito en el Fondo Rafael Heliodoro Valle, ubicado en la Biblioteca Nacional de México. Emilia Romero de Valle, coord., *Recuerdo a Rafael Heliodoro Valle en los cincuenta años de su vida literaria* (México: edición de la autora, 1957), s.p.

9. Delhumeau, *Don Carlos*; Luis Cervantes Morales, *Memorias de Don Carlos Balmori, escritas por su secretario particular, 23 de junio de 1926 a 27 de noviembre de 1931* (México: Costa-Amic, 1969).

10. Algunos libros y capítulos dedicados al personaje, además de los mencionados en las notas 2, 4 y 8 son Fernando Martí, *El increíble Carlos Balmori* (México: Contenido, 1976); Martín Gómez Palacio, *La ambición del diablo* (México: Ediciones Botas, 1962); Héctor Anaya, *Vida y milagros (novela teatral)* (México: Nueva Imagen, 1999), 69–91. Localicé las siguientes noticias y reportajes de prensa: Juana Amanda Alegría, “Carlos Balmori y Conchita Jurado”, *Excelsior*, 2 de abril de 1983; Ana García Bergua, “Balmoreados”, *La Jornada Semanal* (ciudad de México), 27 de noviembre de 2005, 14; “Mexico: Society of Dupes”, *Time*, 10 de diciembre de 1945; Natalia Arroyo

El tema ha convocado a autores de perfiles literarios y generaciones tan diferentes entre sí como lo son el poeta modernista Juan José Tablada, el escritor Ignacio Muñoz, autor de las *Memorias de Valente Quintana* y de obras sobre la Revolución mexicana, así como el actor y productor de televisión Enrique Alonso “Cachirulo”, entre muchos más. Cada uno de los tres autores anteriores se acerca a las balmoreadas de manera particular. Tablada es escueto y menciona el fallecimiento de Concepción Jurado en unos cuantos renglones de su diario.¹¹ Muñoz, en cambio, se extiende al narrar la participación de Valente Quintana en varias balmoreadas en el libro de *Memorias* que escribió (tal vez por encargo) sobre las hazañas del policía. En un libro posterior el autor dedicó todo un capítulo al tema.¹² Por su parte, el actor Alonso escribió varias páginas sobre Jurado/Balmori en su libro autobiográfico *Conocencias*, en el que narra anécdotas y evoca a personalidades del mundo de las artes escénicas.¹³

El personaje de Balmori sigue llamando la atención aún hoy en día entre artistas, académicos de las artes visuales y en la cultura comercial.¹⁴ El renovado interés en las balmoreadas surgió a partir de que la artista visual e investigadora Maris Bustamante considerara las balmoreadas como una expresión temprana del arte no objetual latinoamericano, que comprende instalaciones, ambientaciones y performance, y del que ella es una destacada exponente.¹⁵ Sin

Tafolla, “Don Carlos Balmori y sus ‘balmoreadas’”, *Relatos e Historias en México* 6, n.º 65 (enero de 2014): 26–27.

11. José Juan Tablada, *Obras IV: diario (1900–1944)* (México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1992), 310.

12. Ignacio Muñoz, *Memorias de Valente Quintana* (México: Ediciones Populares, 1961); Ignacio Muñoz, *Cuentos de mar y guerra* (México: Ediciones Populares, 1962), 129–35.

13. Enrique Alonso, *Conocencias* (México: Escenología, 1998), 671–91.

14. Véanse Ester Gabara, *Errant Modernism: The Ethos of Photography in Mexico and Brazil* (Durham: Duke University Press, 2008); y Mindenk Dubravka y Miguel Molina-Alarcón “Migración ficticia e identidades en las proto-performances de Conchita Jurado, Ciudad de México, 1925–1931”, *Arte y Políticas de Identidad* 17 (diciembre de 2017): 123–28. Esta última nota incluye referencias que ilustran el persistente interés de la prensa en las balmoreadas. También podemos mencionar un documental dramatizado, *Carlos Balmori, curiosidades históricas de México*, dirigido por Raúl Quintanilla y Julián Antuñano (2015), 25:35 mins., transmitido el 7 de noviembre de 2016, en Televisión Una Voz con Todos; y el restaurante Balmori Rooftop, inaugurado hace unos cuantos años en la ciudad de México, en honor al millonario imaginario.

15. Maris Bustamante, “Conditions, Roads, and Genealogies of Mexican Conceptualisms, 1921–1933”, en *Arte [no es] vida: Actions by Artists of the Americas, 1960–2000*, coord. por Deborah Cullen (Nueva York: El Museo del Barrio, 2008), 134–61.

embargo, es importante resaltar que las fiestas de Balmori no se produjeron en un contexto artístico ni hacían una apuesta estética sino que surgieron de un espíritu lúdico. Su sentido era crear un ambiente de esparcimiento para pasar un buen rato entre amigos y conocidos. La principal fuente de la diversión era la crueldad moralizante del millonario excéntrico que dispendiaba su fortuna entre aquellas personas que complacían sus caprichos y requerimientos absurdos, por ejemplo, cortarse la barba o bailar tango a la mitad de la velada.

Salvo por algunas excepciones, los recuentos sobre las balmoreadas han pasado por alto la aceptación y aún la celebración de la diversidad sexual, en particular del travestismo y del afeminamiento homosexual que privaban en las fiestas. La omisión se inscribe además en una visión de la historia de la sexualidad que privilegia la homosexualidad masculina y sus espacios de sociabilidad, como los círculos homoeróticos descritos por Novo en *La estatua de sal*, sus escandalosas memorias de juventud. Las iluminadoras crónicas y ensayos de Carlos Monsiváis, que sentaron las bases de la historia de la diversidad sexual en México, también se enfocaron en sociabilidades homoeróticas de varones.¹⁶

El episodio más conocido de la historia de la homosexualidad en México es la “redada de los 41”, ocurrida a principios del siglo XX, en 1901.¹⁷ El tratamiento sensacionalista de la redada exaltó el afeminamiento de la mitad de los asistentes sorprendidos en un baile y el encarcelamiento del que fueron víctimas. Esta representación de la homosexualidad, producto de la cobertura periodística y con énfasis en la persecución y el castigo, no sólo ha prevalecido en la prensa sino que también se ha dejado sentir en los estudios académicos. El confinamiento carcelario ha sido el espacio de visibilidad homosexual por excelencia y, como resultado, se han dejado fuera de la historia otros espacios sociales, por ejemplo, los ambientes lúdicos en espacios privados del hogar y la familia donde se recrean una variedad de identidades sexuales.¹⁸

No quiero decir que las redadas y la persecución homofóbica fueran insignificantes; tan sólo señalo que existían espacios lúdicos,

16. Salvador Novo, *La estatua de sal* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998); y Carlos Monsiváis, *Que se abra esa puerta: crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual* (México: Editorial Paidós, 2010).

17. Robert McKee Irwin, *Mexican Masculinities* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003), 50–116.

18. Una excepción es Víctor Macías-González, “The Transnational Homophile Movement and the Development of Domesticity in Mexico City’s Homosexual Community, 1930–70”, *Gender and History* 26, n.º 3 (2014): 519–44.

afectivos y llenos de creatividad –como las balmoreadas– en donde se expresaban sexualidades no heterosexuales, o no exclusivamente heterosexuales, y había lugar para el coqueteo tanto heterosexual como homoerótico y para expresiones de travestismo masculino y de lesbianismo.¹⁹ Es decir, en el espacio de las balmoreadas se constituía una sociabilidad en la cual la distinción tajante entre heterosexualidad y homosexualidad se distendía y que estimulaba la manifestación de diversas identidades de género y sexuales, así como la convivencia entre hombres y mujeres de distintas clases sociales.

Bohemia

Las balmoreadas se comprenden mejor si se ven como sociabilidades de espíritu bohemio en las que la burla hacia las personas ambiciosas convivía con el rechazo a los convencionalismos e hipocresía de la sociedad. La aceptación de las identidades travesti y de las expresiones afectivas y sexuales homoeróticas expresaba el ánimo de libertad que se respiraba en las veladas. En éstas también hubo espacio para expresar el deseo heterosexual, por ejemplo, entre los organizadores de las fiestas y las bailarinas profesionales a las que alguna vez se invitó y que fueron fotografiadas.²⁰

Las balmoreadas ocurrieron en la misma época del florecimiento de las vanguardias artísticas en la ciudad de México: por un lado, el grupo de los Contemporáneos y, por el otro, el estridentismo. Sin embargo, no parece que existiera una relación estrecha entre los amigos de Balmori y los artistas de la vanguardia. Se sabe tan sólo que había una relación afable entre el balmorista Valle y Novo, uno de los escritores más reconocidos del grupo de los Contemporáneos. El pintor Roberto Montenegro, también afín a los Contemporáneos, estuvo presente en alguna velada, pero fuera de contactos esporádicos

19. En México la homosexualidad consensuada entre adultos no era un delito tipificado en la legislación penal. Las redadas y confinamientos carcelarios se justificaban señalando que se trataba de actos de corrupción de menores o de escándalo público. Véanse Nathaly Rodríguez Sánchez, “De Cuauhtemotzin a las cervecerías: el control oficial del homoerotismo masculino y la construcción estratégica de la geografía disidente, Ciudad de México, 1930–1951”, *Historia mexicana* 48, n.º 1-269 (julio–septiembre de 2018): 111–75; y Nathaly Rodríguez Sánchez, “Los afeminados y otros heterodoxos: una historia social del homoerotismo masculino en la Ciudad de México, desde la posrevolución a la segunda posguerra” (tesis doctoral, El Colegio de México, 2016). El Tribunal para Menores perseguía a jóvenes con prácticas homoeróticas y trataba de cambiar su orientación sexual. Véase Reid Eric Gustafson, “He Loves the Little Ones and Doesn’t Beat Them: Working Class Masculinity in Mexico City, 1917–1929” (tesis doctoral, University of Maryland, 2014).

20. Cervantes Morales, *Memorias de Don Carlos*.

no parece haber existido cercanía o intercambio entre los balmoristas y los escritores y poetas reunidos en torno a la revista *Contemporáneos*, por cierto, varios de ellos homosexuales. Tal vez existía antipatía personal entre algunos, como la que manifiesta Delhumeau hacia los “falsos bohemios que ganan cien pesos diarios en la Secretaría de Educación y creen que ser artista es ponerse Xavier, con X”, refiriéndose, desde luego, al poeta Xavier Villaurrutia, del grupo de los Contemporáneos.²¹

Hubo mayor cercanía con la vanguardia estridentista, a pesar de la homofobia presente entre los integrantes de este grupo.²² Ernesto García Cabral y Carlos Noriega Hope, director de *El Universal Ilustrado* durante quince años, acudieron a algunas balmoreadas. Si bien ninguno de los dos formó parte del círculo cercano a Concepción Jurado ni intervino en la organización de las fiestas, ambos contribuyeron a trazar la leyenda del millonario excéntrico, en especial Noriega Hope. García Cabral hizo dibujos a lápiz de Jurado y Balmori en los que se aprecia la similitud de sus rasgos faciales.²³ Y, en 1934, *El Universal Ilustrado* –a cargo de Noriega Hope– publicó un curioso artículo titulado “Cazando tigres con Don Carlos Balmori”.²⁴ El artículo se acompañó de una fotografía intervenida, en la que una imagen de Balmori aparece sobrepuesta al lado de un elefante al que el español supuestamente derribó en una expedición de cacería. El juego de absurdos –el pie de la foto identifica a Balmori con un tigre (y no con el elefante de la imagen)– tiene ecos del espíritu juguetón de las balmoreadas. Se aprecia también el ánimo de experimentación vanguardista en la crítica al periodismo informativo serio que Viviane Mahieux considera como un rasgo característico de *El Universal Ilustrado*, en la época en que Noriega Hope fue su director.²⁵

La bohemia surgió en Europa desde mediados del siglo XIX y se mantuvo viva hasta el término de la Primera Guerra Mundial. Ciudades como Nueva York, Berlín y la ciudad de México posrevolucionaria vieron florecer ambientes similares en años posteriores. La búsqueda estética iba de la mano de un espíritu de rebeldía y

21. Eduardo Delhumeau, *Los mil y un pecados* (México: Omega, 1939), 11.

22. Sobre la homofobia de Manuel Maples Arce y otros estridentistas, véase Guillermo Sheridan, *Los contemporáneos ayer* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985).

23. Cervantes Morales, *Memorias de Don Carlos*.

24. O. H., “Cazando tigres con Don Carlos Balmori”, *El Universal Ilustrado* (ciudad de México), 24 de marzo de 1934.

25. Viviane Mahieux, “Carlos Noriega Hope y la vanguardia en México: intervenciones desde el periodismo”, *Revista de Estudios Hispánicos* 45, n.º 2 (2011): 375–96.

hedonismo. Se trataba de vivir bien sin someterse a una disciplina laboral. Hombres y mujeres se jactaban de ser disidentes, capaces de transformar relaciones humanas y de inventar nuevas formas de convivencia que favorecieran la autenticidad, que tuvieran como eje la amistad y el amor sexual, además de superar la hipocresía prevaliente.²⁶ El valor de la amistad era una de las claves de los círculos bohemios, tal como lo fue en las balmoreadas donde la complicidad era indispensable para mantener el secreto de la verdadera identidad de Balmori.

Las balmoreadas contenían una crítica al rápido enriquecimiento de las élites políticas y económicas de la posrevolución. El país había experimentado años de cambio socioeconómico, recuperación demográfica, alfabetización, crecimiento urbano y modernización, de aliento a la industrialización, a la inversión pública y privada, y de fundación de instituciones cruciales como el Banco de México. Sin embargo, los años del balmoreo (1925–31) fueron de desaceleración económica: caída de precios de las importaciones, declive de ingresos del gobierno y aumento de gastos militares para la Guerra Cristera. La situación culminó con el *crack* de 1929 que tantas ilusiones quebró.²⁷ No obstante, algunos miembros de las élites económicas y políticas acumularon fortunas. El enriquecimiento de algunos frente a la falta de oportunidades de ascenso social entre la mayor parte de la población, aunado a la extendida corrupción de los gobiernos posrevolucionarios, produjo desencanto y resentimiento en la sociedad. A su manera, las puestas en escena de Balmori eran una forma de expresar esa desilusión. El blanco de la crítica era la inmoralidad de quienes sucumbían al interés económico. No era, sin embargo, una crítica al consumismo, porque el consumo excesivo no era un fenómeno que se hubiera consolidado en la época posrevolucionaria.

Resulta paradójico que la bohemia rechazara los valores burgueses –la estabilidad, la acumulación de riqueza y el trabajo disciplinado– y, al mismo tiempo, aspirara a encontrar acomodo en los nichos del sistema que era objeto de su crítica. Y es que, como observa Christine Stansell, la bohemia tuvo siempre una relación simbiótica con la cultura burguesa.²⁸ Escritores y artistas colocaban

26. Christine Stansell, *American Moderns: Bobemian New York and the Creation of a New Century* (Nueva York: Metropolitan Books, 2000), 16.

27. Sandra Kuntz Ficker, “El proceso económico”, en *México: la apertura al mundo*, tomo 3, 1880/1930, coord. por Alicia Hernández Chávez (Madrid: Taurus/Fundación Mapfre, 2012), 167–226.

28. Stansell, *American Moderns*, 18.

sus obras en el mercado y muchas veces buscaban la protección de mecenas o del Estado. El estilo de vida bohemio de los creadores con frecuencia potenciaba el atractivo comercial a sus obras y fortalecía sus carreras en el arte o la prensa.

La gestión de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública y de la Universidad Nacional favoreció el regreso a la ciudad posrevolucionaria de artistas que habían recibido becas para estudiar en Europa y que participaron de la bohemia en Francia y España. Entre los más conocidos están los pintores Diego Rivera y Montenegro. También hubo mujeres a las que la experiencia europea había transformado. Eugenia Torres, declamadora y profesora de teatro y español, volvió de Europa siendo una chica bohemia.²⁹ Su caso es ilustrativo de cómo también en México los espacios de la bohemia ampliaron el espectro de la respetabilidad femenina y ofrecieron la posibilidad de que las mujeres fueran creadoras.³⁰

Un rasgo característico de los ambientes bohemios de esa época era la participación de mujeres, lo que también ocurrió en las balmoreadas. La capacidad histriónica de Concepción Jurado para representar a Balmori era el sostén de las veladas, pero ella no fue la única mujer asidua a las fiestas. Su hermana Angelina casi siempre estaba presente y sabemos que la participación femenina era habitual. Las balmoreadas eran un espacio mixto en el que hombres y mujeres convivían, y no por ello las fiestas dejaban de ser espacios respetables. Las jóvenes invitadas no eran tachadas de prostitutas. En ocasiones, la concurrencia contó con bailarinas profesionales o “tiples” que aparecen en las fotografías interactuando con varones y luciendo el atrevido atuendo que usaban en el escenario del teatro de revista.

La información sobre mujeres balmoristas es escasa; se conocen los nombres de algunas de ellas –Angelina del Valle, Ana Romero, Dolores Peral y Magdalena Parra– pero no más.³¹ Los relatos abundan en las descripciones físicas: todo gira en torno a su aspecto de “pelonas”, es decir, de chicas modernas, *flappers* con cabello y vestido cortos, una moda que adoptaron jóvenes de distintas clases sociales en la capital y que despertó rechazo entre muchas personas.³² Sin

29. Amalia de Castillo Ledón, “Evocaciones de una mujer de letras” [1964], en *Amalia de Castillo Ledón: mujer de letras, mujer de poder; antología*, coord. por Gabriela Cano (México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2011), 43.

30. Stansell, *American Moderns*, 29.

31. Delhumeau, *Don Carlos*, 166, 187, 194.

32. Anne Rubenstein, “The War on ‘Las Pelonas’: Modern Women and Their Enemies, Mexico City, 1924”, en *Sex in Revolution: Gender, Politics and Power in*

embargo, no contamos con registros de sus palabras ni de su actividad profesional.

Existen algunos datos biográficos sobre Concepción Jurado, proporcionados en su mayoría por Delhumeau. Su libro se publicó antes de la consolidación de la leyenda sobre las balmoreadas y ofrece nombres y datos verdaderos sobre otros participantes (Quintana, José Manuel Puig Cassauranc, Nicolás Zúñiga y Miranda, Fernando Ortiz Rubio), por lo que puede suponerse que la información sobre Jurado y su familia es confiable. Conchita nació en el año de 1865 en el barrio de San Miguel de la ciudad de México y cursó estudios en la Escuela Normal para Maestras. Es incierto si llegó a graduarse y a ejercer su profesión en el aula. Ya adulta compartió la vivienda con sus hermanos. Su familia no enfrentaba grandes carencias materiales, pero tampoco vivían con desahogo. Ignacio Jurado era propietario de una tortería que él mismo atendía y llegó a adquirir terrenos que arrendaba. Un indicio de que los ingresos de la familia Jurado eran insuficientes es que Concepción aceptó el empleo que, como conserje de una escuela, obtuvo por recomendación de uno de sus amigos.³³

Desde temprana edad, Concepción Jurado disfrutaba de engañar a sus familiares y amigos con su capacidad para encarnar personajes masculinos. Engañó, por ejemplo, a su propio padre cuando, en complicidad con su hermana Angelina, se presentó como un pretendiente excesivo en sus coqueteos. Las propuestas indecorosas del joven llevaron al señor Jurado a la exasperación, pero no descubrió que el impetuoso joven era su propia hija; lo supo sólo hasta que ella se lo reveló. En otra ocasión, Conchita y Angelina se hicieron pasar por un joven matrimonio y se presentaron en la parroquia de San Miguel con un muñeco en brazos de la joven madre. La pareja logró que el bebé de juguete fuera bautizado, sin que el cura se diera cuenta de la impostura. En sus épocas estudiantiles, Conchita se hacía pasar con frecuencia por una pordiosera y su actuación era tan efectiva que lograba juntar algunas monedas para sus gastos.³⁴

Algunas veces Concepción Jurado representó a personajes femeninos, como “La india” o “La gringa”, estereotipos bien conocidos en un ambiente cultural que exaltó al mestizo como representante de la identidad nacional mexicana.³⁵ Sin embargo, es innegable que lo

Modern Mexico, coord. por Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano (Durham: Duke University Press, 2006), 57–80.

33. Delhumeau, *Don Carlos*, 27, 118.

34. Todos estos relatos aparecen a lo largo de Delhumeau, *Don Carlos*.

35. Delhumeau, 5.

suyo era representar a personajes masculinos. El más famoso, Balmori, estuvo inspirado en los comerciantes adinerados que tuvieron gran visibilidad en la época porfiriana y que Conchita seguramente conoció de manera personal. La actuación era tan convincente que observadores agudos de la naturaleza y gestualidad humana –como lo eran el dibujante y caricaturista García Cabral o Quintana, que se preciaba de ser un gran detective– cayeron en el engaño.

El personaje, sin embargo, no fue creación exclusivamente suya sino que al menos uno de los balmoreadores contribuyó a imaginarlo: el escritor y diplomático hondureño Valle. Colaborador frecuente del periódico *Excélsior*, Valle publicó entrevistas con inversionistas imaginarios en ese periódico. Su amigo, Rafael F. Muñoz, también reportero y redactor del vespertino *El Gráfico* (así como director de *El Nacional* a partir de 1928) –conocido más tarde como novelista de la Revolución mexicana– entró al juego y entrevistaba a los mismos personajes ficticios para *El Universal*.³⁶ Era una manera de burlarse de la modernización, el progreso y la inversión extranjera. Las entrevistas fabricadas prefiguran a Balmori, cuyo apellido de origen español dio nombre a un elegante edificio construido en la colonia Roma, donde a finales de la década de los veinte se inauguró un moderno cine con el mismo nombre.³⁷

Valle, a su vez, firmó gran parte de su vastísima producción periodística publicada en México, Centroamérica y Estados Unidos con numerosos seudónimos.³⁸ Su viuda, Emilia Romero de Valle, registró decenas de *noms de plume* utilizados por el hondureño; algunos de ellos –por ejemplo, Licenciado Vidriera (el personaje satírico de Miguel de Cervantes de Saavedra)– evocaban a un personaje literario o escritor como una forma de reconocimiento a su obra; otros eran un juego de simulación de identidades literarias a la vez que una manera de bromear con amigos. Suscribir sus artículos como Miguel Ángel Osorio era una impostura y un tanteo con el escritor colombiano conocido como Barba Jacob, cuyo nombre de nacimiento era precisamente Miguel Ángel Osorio, y que también se

36. Óscar Acosta, *Rafael Heliodoro Valle: vida y obra; biografía, estudio crítico, bibliografía y antología de un intelectual hondureño* (Tegucigalpa: Nuevo Continente, 1973), 58.

37. Fernando Alejandro Manzano Avilés, “Cinema Balmori”, *Revista Crónicas de la Ciudad de México* 1, n.º 1 (2018): 6–17.

38. María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México* (México: UNAM, 2000), 840–48.

caracterizó por el uso de firmas y nombres que engañaban tanto a su círculo cercano como a sus editores y lectores.

Travestismo

Las crónicas de las balmoreadas han retratado a Concepción Jurado como una persona divertida, muy inteligente y que disfrutaba engañando con sus representaciones. Sin decirlo de manera explícita, casi todos los autores sugieren que era una solterona, ya que nunca se había casado, ni formado una familia con una pareja heterosexual, sino que vivía con sus hermanos Angelina e Ignacio y sus sobrinos. La soltería en las mujeres era vista como la anulación de la sexualidad; en el caso de Concepción así lo sugiere el hecho de que se le enterró en un ataúd blanco, símbolo de pureza, algo reservado para niñas y mujeres solteras e inmaculadas. Los relatos de Delhumeau y Cervantes Morales usan el término “señorita” para insistir en la pureza sexual y, al mismo tiempo, para expresar respeto y una cierta condescendencia de clase hacia Concepción.

El único autor que no tuvo reservas en referirse a la sexualidad de Concepción Jurado fue el actor Alonso. Él la describe como lesbiana en sus memorias publicadas en la década de 1980, casi cincuenta años después del fallecimiento de Jurado.³⁹ Alonso, quien nació en 1924 y de niño fue protegido de María Conesa, la célebre actriz de teatro de revista, no conoció personalmente a Jurado, pero supo de ella por las historias que le contaba su abuela, quien fue compañera de escuela de Conchita. El actor sugiere que el performance de masculinidad de la señora Jurado era una expresión de su lesbianismo, pero no hace referencia alguna al placer que ella pudo encontrar al travestirse y adoptar temporalmente una identidad masculina mediante el buen manejo del lenguaje corporal y la gestualidad, elementos constitutivos del género.

El travestismo masculino (el acto de aquellas mujeres que se visten con atuendos masculinos y se hacen pasar por hombres) se ha visto en la historia latinoamericana como una estrategia práctica empleada para obtener privilegios sociales masculinos (que puede estar ligada o no a una orientación sexual lésbica) se le ha inscrito en una narrativa de progreso. Con ese énfasis se ha interpretado el célebre episodio de la asistencia a la universidad colonial de la monja jerónima Sor Juana Inés de la Cruz, vestida con un atuendo varonil. La masculinización como una manera de acceder al conocimiento constituye una narrativa aceptable. Un enfoque semejante prevalece

39. Alonso, *Conocencias*, 679.

en la visión de Catalina de Erauso, la famosa Monja Alférez, y de Enrique/Enriqueta Faber, mujeres que se incorporaron al ejército haciéndose pasar por hombres.⁴⁰ Con una lógica similar, la necesidad de protegerse de la violencia sexual en los ejércitos se señala generalmente como el móvil que llevó a algunas mujeres a travestirse y hacerse pasar por hombres durante la Revolución mexicana. En el caso de la masculinización de Erauso, de Faber y de algunas luchadoras revolucionarias, la adopción de un aspecto masculino tiene un sentido práctico, que puede obedecer a la comodidad de usar pantalones en vez de enaguas o puede ser una manera de protegerse de la violencia sexual en el campo de batalla. Otro motivo puede ser la aspiración de algunas combatientes a contar con mayores oportunidades de acceder al uso de armas de fuego o caballos. En todo caso, se trata de un fin práctico y racional. Mostrarse con una identidad masculina por gusto, para satisfacer un deseo o satisfacción íntima, sólo se menciona como el móvil para adquirir una identidad masculina transgénerica en el caso excepcional de Amelio Robles. A diferencia de las mujeres que adoptaron un aspecto y una identidad masculina temporales para salir adelante en la etapa armada del movimiento revolucionario, Amelio Robles mantuvo durante toda su vida el aspecto, nombre y papel social masculino, que adquirió a partir de su incorporación a la lucha armada.⁴¹ La transición de género de Robles fue permanente y obedeció a su sensación de ser hombre, por lo que su historia es diferente a la de Concepción Jurado, quien adoptaba atuendo, aspecto y lenguaje corporal masculino sólo en ciertos momentos y con el fin de divertirse.

El travestismo femenino, por su parte, se asocia con el placer erótico de usar ropa y accesorios femeninos, maquillaje y peinados codificados como propios de la feminidad. Los relatos de prensa y la novela sensacionalista sobre el emblemático “baile de los 41 maricones” de 1901 resaltan precisamente estos elementos, como también lo hacen las crónicas carcelarias que retratan a personajes afeminados o las descripciones de los travestis que participaron en las balmoreadas.⁴² El afeminamiento no es la única forma de

40. James Pancrazio, *Enriqueta Faber: travestismo, documentos e historia* (Madrid: Editorial Verbum, 2008), 27.

41. Gabriela Cano, “Unconcealable Realities of Desire: Amelio Robles’s (Transgender) Masculinity in the Mexican Revolution”, en *Sex in Revolution: Gender, Politics and Power in Modern Mexico*, coord. por Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano (Durham: Duke University Press, 2006), 35–56.

42. Robert McKee Irwin, “Los cuarenta y uno, la novela perdida de Eduardo Castrejón”, estudio crítico a *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*, de Eduardo A. Castrejón (seud.) (México: Dirección de Literatura, UNAM, 2010), 7–34; Miguel Gil,

expresión de los varones homosexuales, pero es la que más visibilidad ha tenido en la prensa y en los medios de comunicación.

Uno de los episodios más famosos de las balmoreadas es el del desquite de Quintana. Con ayuda de comparsas, el policía orquestó la muerte aparente de un invitado para vengarse de la broma que le gastaron Concepción Jurado y sus amigos. Se simuló una reyerta en plena fiesta y uno de los invitados disparó una pistola; la supuesta víctima se tiró al suelo, derramando la tinta roja que llevaba oculta bajo la ropa. Debido a la presencia del jefe de la policía, los balmoreadores y demás invitados sabían que podrían ser arrestados. Jurado estaba asustadísima y se desvaneció por el efecto que le provocó la revelación de la broma.⁴³

En una ocasión, una atractiva pelona vestida a la *flapper*, llamada María Antonieta, asistió a una de las balmoreadas. Lucía un vestido corto y recto, maquillaje y un sombrero rojo muy coqueto. La joven se mostró desinhibida al alternar con los invitados, conversó con hombres y mujeres y se sentó en las piernas de varias de las damas presentes. Como era costumbre, Balmori se acercó a la jovencita en plan de conquista y María Antonieta respondió sin inhibiciones al flirteo del impertinente español. Para sorpresa de casi todos, de un momento a otro, la joven se desprendió de su atuendo femenino para revelar que María Antonieta era un muchacho imberbe que se había prestado para balmorear a Balmori. Varios cronistas celebraron el travestismo de María Antonieta como parte de la diversión de las fiestas; no he encontrado ninguna muestra de censura a la pelona travesti.⁴⁴

En otra reunión, Angelina, la hermana de Conchita, entonó una versión iconoclasta de las “Coplas de Don Simón”, una canción de la compañía de marionetas de Rosete Aranda que hacía una festiva crítica a la corrupción moral y a los cambios que acarrearía la modernización. La pieza enfatizaba los efectos corruptores de la modernización que se expresaban en las mujeres, especialmente en aquellas jóvenes urbanas que adoptaban la moda del cabello corto y los tacones altos. Con su característica ambigüedad, la versión de estas coplas que se cantó en las balmoreadas celebraba al tiempo que fustigaba a hombres afeminados, a quienes sin embargo hacía visibles tan sólo con mencionarlos:

“Los neutros en la Penitenciaría hablan a *Detectives* sobre el amor”, *Detectives: el mejor semanario de México*, 4 de abril de 1933, 8, 9, 15.

43. Muñoz, *Cuentos de mar*, 129–35.

44. Delhumeau, *Don Carlos*, 120–24; Cervantes Morales, *Memorias de Don Carlos*, 257.

Qué tiempos Señor Don Simón
Que hoy los vemos con su cuello abierto
Para lucir su horroroso esternón
Sus peinados con rayas y onditas
¡Cuánto joto, señor don Simón!

El verso describe la moda masculina de llevar los cuellos de la camisa abiertos y el cabello cuidadosamente ondulado y relaciona ese estilo con una identidad homosexual. Utiliza además la palabra “joto”, término que la prensa usó para describir a los travestis que fueron víctimas de la redada policiaca en el baile de los 41. La palabra es peyorativa, pero tiene un tono juguetón dentro del espíritu alegre de las coplas.⁴⁵

Otra de las expresiones de la tolerancia hacia la diversidad sexual en las balmoreadas la relata también Alonso. El autor cuenta que la madre de una jovencita con la que Balmori prometió casarse estaba tanto o más feliz que su hija ante la perspectiva de ser la futura suegra del inmigrante español y disfrutar de su fortuna. Cuando Concepción Jurado se reveló y la madre de la chica se recuperó de la sorpresa, le expresó a Jurado que no tenía ninguna objeción en que su hija se casara con una lesbiana.⁴⁶ Para aquella mujer, fuera con un hombre o con una mujer, un buen matrimonio ofrecía un ascenso social fácil para la novia y su familia, pero no se daba cuenta de que la impostura era de género y de clase: Jurado era una mujer sin grandes recursos económicos.

Las balmoreadas hacían una crítica al matrimonio por interés económico desde una visión que entendía el lazo matrimonial como un vínculo afectivo en el que lo central era la afinidad de gustos, el compañerismo y el atractivo sexual entre la pareja. Las mujeres chasqueadas que aceptaban las propuestas de casamiento sólo pensaban en el beneficio material. Podría decirse que veían en el lazo matrimonial una suerte de “seguro de vida”, por usar la expresión de una autora contemporánea para referirse a la protección económica y posición social estables que muchas mujeres buscan encontrar y mantener por medio del matrimonio.⁴⁷ Por ese motivo, la mayor parte de las víctimas del timo no puso reparo a las impertinencias ni a la facha del hispano, un hombre desagradable y de edad indefinida que lo mismo podía ser un cuarentón envejecido que un

45. Delhumeau, *Don Carlos*, 105.

46. Alonso, *Conocencias*, 679.

47. Elena Arizmendi, *Vida incompleta: ligeros apuntes sobre mujeres en la vida real* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2012), 54.

octogenario de aspecto juvenil. Siempre iba cubierto por un sombrero bajo el cual era fácil imaginar una cabeza calva, quizás cubierta por un bisoñé.

Diversidad sexual

Los principales balmoristas estaban vinculados con el mundo de la prensa: Valle escribía en *Excelsior* y colaboraba en la edición de ese periódico. El mismo Valle publicaba con pseudónimo en *Detectives*, una revista semanal de información policiaca y nota roja, en la que Delhumeau también firmaba con pseudónimo.⁴⁸ García Cabral y Noriega Hope, por su parte, se desenvolvían también en el periodismo. La excepción era Cervantes Morales, quien se dedicaba a la medicina pero aspiraba a publicar sus textos.⁴⁹

Además del ámbito periodístico, los balmoristas tenían relación con el mundo de la política. Delhumeau fue diputado y tuvo un cargo en el municipio de Mixcoac, en los años previos a su integración con la ciudad de México en 1929. Al menos dos funcionarios públicos de alto nivel fueron víctimas de Balmori: Puig Cassauranc, secretario de Educación Pública durante el gobierno de Plutarco Elías Calles y Francisco Ortiz Rubio –jefe de la Beneficencia Nacional y hermano de Pascual Ortiz Rubio, presidente de la República entre 1930 y 1932–. Se planeó una balmoreada para tantear al presidente Ortiz Rubio, pero ésta no llegó a concretarse debido a la frágil salud de Concepción Jurado.⁵⁰

En cuanto miembros de la élite profesional e intelectual, los balmoreadores vivían en casas de zonas prósperas de la ciudad de México o sus alrededores. Delhumeau vivía en Mixcoac y Valle en San Pedro de los Pinos, zonas campestres con casas amplias. En alguna ocasión la fiesta se llevó a cabo en la casa de Delhumeau, pero la mayor parte de las veces las balmoreadas se celebraron en la vivienda de la familia Jurado. En el periodo de seis años que duraron las balmoreadas, Conchita y su familia se mudaron al menos una vez, de la azotea de un edificio en Callejón de los Incas, en una zona popular del Centro de la ciudad, a una vivienda en la Calzada de la Viga, próxima a una zona agrícola al oriente de la ciudad en donde se cultivaban verduras, flores y frutas, y que no formó parte de los

48. Delhumeau, *Don Carlos*, 9; Hoja suelta, s.a., 10 de abril, exp. 2219, Fondo Rafael Heliodoro Valle, Biblioteca Nacional de México.

49. Hoja suelta, s.a., 1 de marzo de 1933, exp. 2219, Fondo Rafael Heliodoro Valle, Biblioteca Nacional de México.

50. Delhumeau, *Don Carlos*, 166–67.

proyectos modernizadores que en esa época extendieron la ciudad principalmente hacia el sur.⁵¹

A los invitados se les explicaba que lo mejor era ser presentados con el millonario fuera de su mansión, donde solía haber mucho movimiento y Balmori se podía distraer fácilmente. Lo idóneo, entonces, sería conocerlo en casa de uno de sus empleados más antiguos, su mayordomo, a quien visitaba cotidianamente porque el español era un hombre de buen corazón. Balmori aparecía algún tiempo después de la llegada de los invitados. Mientras las visitas esperaban, Angelina, la hermana de Conchita, organizaba una sesión de espiritismo. En los años veinte y treinta, el espiritismo convocaba a sectores amplios de la sociedad y no sólo a las élites como ocurría en las décadas anteriores. Barba Jacob organizaba sesiones espiritistas en las que también se fumaba marihuana.

Las balmoreadas rompían la rutina de profesionistas urbanos y empleados públicos. Puede suponerse que uno de sus atractivos radicaba en la sensación de riesgo que ofrecían a sus participantes, desde el enojo y deseo de venganza de las víctimas de Balmori hasta el peligro que podía representar adentrarse en los barrios populares donde vivía la familia Jurado. Pero el aspecto más riesgoso –y estimulante– era la convivencia en una fiesta con personas con identidades de género, expresiones eróticas y posiciones socioeconómicas diversas. En ese ambiente los invitados podían ser objeto de las atenciones de una persona con una identidad de género y una expresión sexual inesperada. Y hasta dejarse seducir.

La aceptación de la homosexualidad y el travestismo en las veladas se entiende mejor si nos acercamos a algunos aspectos de la vida y obra de Valle y Delhumeau. El escritor hondureño se estableció en México a partir de 1920, cuando llegó al país por segunda vez, invitado por Vasconcelos. Valle frecuentaba el círculo de amigos de Barba Jacob, el poeta colombiano también vecindado en el país y que se caracterizaba por su constante desafío a los convencionalismos de la sociedad y por expresar su homosexualidad sin inhibiciones. Barba Jacob se desenvolvía con mayor desenfado aún que el joven Novo, quien describió su despertar y aventuras sexuales en el relato autobiográfico *La estatua de sal*. Novo evoca los encuentros homosexuales en estudios y fiestas privadas y recuerda la tarde en que conoció a Barba Jacob gracias a la intermediación de Valle y, si no hace mención explícita de la sexualidad de Valle, la referencia a su amistad con Barba Jacob es

51. Estos detalles se encuentran a lo largo del texto de Delhumeau, *Don Carlos*.

una manera velada de dar indicios sobre sus inclinaciones homoeróticas.

Valle cultivó una imagen de hombre respetable, dedicado a la vida intelectual y diplomática y sin intereses mundanos. Su matrimonio con Emilia Romero en 1938 consolidó esa imagen de hombre de letras convencional. De no ser por la investigación del escritor colombiano Fernando Vallejo sobre Barba Jacob, no existirían pistas sobre la identidad sexual heterodoxa y flexible de Valle.⁵² Vallejo asegura que Valle tenía debilidad por los marineros, inclinación que no impidió que, en una etapa posterior de su vida, estableciera relaciones amorosas con mujeres y llegara a contraer nupcias. Podría pensarse que el matrimonio fue una estrategia para salir adelante en una sociedad heterosexual; sin embargo, su correspondencia con Romero sugiere que el escritor estableció relaciones genuinas de amor con mujeres. Asegurar que sus inclinaciones heterosexuales eran menos auténticas que sus relaciones homosexuales o descalificar una u otra faceta de su identidad sexual sería inconsecuente con lo que se conoce al respecto.⁵³

Prolífico periodista y autor de libros y ensayos, Valle también fue un coleccionista de libros y documentos históricos. Su libros y documentos se integraron al Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, donde se conserva el único ejemplar conocido de *Los cuarenta y uno: novela crítico-social* (1906), la novela de Eduardo Castrejón sobre el baile travesti de 1901. La edición es rústica y más próxima a la cultura de masas que a la literatura. Se trata de un tipo de impreso que pocas veces se conserva por estar fuera de los parámetros de la literatura canónica. Aunque no es posible comprobarlo, es factible que el pequeño impreso sensacionalista sobre el acontecimiento mediático que hizo visible la homosexualidad en el siglo XX mexicano hubiera pertenecido a la biblioteca personal de Valle. De ser así, el hecho acaso pueda verse como una celebración de los círculos homosexuales en los que el bibliógrafo y escritor participó en una etapa de su vida.⁵⁴

Por su parte, el abogado Delhumeau fue autor de crónicas periodísticas sobre los bajos fondos de la ciudad de México. Al año siguiente de la publicación de *Don Carlos Balmori: su extraordinaria*

52. Fernando Vallejo, *El mensajero: una biografía de Porfirio Barba Jacob* (México: Alfaguara, 2005), 10.

53. María de los Ángeles Chapa Bezanilla, *Rafael Heliodoro Valle, humanista de América* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Biblioteca Nacional, Hemeroteca Nacional, 2004), 225.

54. Irwin, "Los cuarenta y uno", 7-34.

vida y bazañas, salió a la luz su segunda obra: *Los mil y un pecados* (1939), en la que da cuenta de la llegada a la urbe de las “costumbres perversas”.⁵⁵ El catálogo de los vicios y la degeneración compendiado por el autor incluía la prostitución, la homosexualidad masculina y femenina y el consumo de drogas. No se aprecia en este libro el desenfado con el que el autor se había referido a los “jotos” y a la travesti en *Don Carlos Balmori*. El cronista ahora dedica páginas enteras a condenar el crecimiento de la homosexualidad y el lesbianismo en los centros urbanos, y considera que esas prácticas son resultado de influencias extranjeras. Asegura que Berlín es la capital de la homosexualidad, ya que ahí existen hoteles especiales para parejas de hombres, uno de ellos afeminado y el otro de aspecto masculino, y en algunos cabarés los hombres bailan en pareja, como si fueran hombre y mujer. En ese entorno los “hombres de bien” fácilmente pueden ser engañados y “llevarse un chasco” con las prostitutas travestis que se hacen pasar por atractivas mujeres.⁵⁶

En la ciudad de México, observa Delhumeau, los espacios homosexuales van en aumento: en la zona roja existe una casa habitada sólo por hombres dedicados al comercio sexual y en algunos cabarés hay ficheras lesbianas que ofrecen sus servicios: “Bailan y beben con hombres y hasta permiten que las besen y las abracen, sin entregárseles nunca, ya que en la madrugada se van cada *mujer* con su *hombre*, sin tolerar que los verdaderos varones las acompañen”.⁵⁷

La presencia lésbica en los cabarés era un tema editorial y periodístico atractivo, tal como lo sugiere la ilustración de la portada del volumen, en la que aparece una pareja de lesbianas que bailan en una pista, como parte de un collage que alude a la degeneración urbana. Pero Delhumeau encuentra que el *boom* del lesbianismo no sólo afecta a cabarés y prostíbulos sino que tiene presencia en otros ámbitos de la sociedad y que tal expansión se debe, en mucho, a la influencia de los medios de comunicación en la sociedad. Por ejemplo, en la prensa capitalina se pueden encontrar anuncios clasificados como el siguiente: “Dama busca dama culta para amistad íntima”.⁵⁸

A lo largo de las páginas de *Los mil y un pecados*, Delhumeau advierte que el propósito de su libro es educativo. Ofrece información cruda y fidedigna, dice, producto de la observación directa, y con el único fin de evitar que la perversión eche raíces en la sociedad

55. Delhumeau, *Los mil*, 117.

56. Delhumeau, 146.

57. Delhumeau, 116. Las cursivas son del original.

58. Delhumeau, 116–17.

mexicana. Por más que el autor insista en que el conocimiento del vicio es un arma para protegerse de la inmoralidad y combatir las perversiones que acechaban a la sociedad, sus descripciones de la homosexualidad, el lesbianismo, la prostitución y los demás “pecados” utilizan recursos del sensacionalismo que, implícitamente, incitan al público lector a aventurarse en los mundos prohibidos y los ambientes de esparcimiento y celebración de la diversidad sexual.

No existe información biográfica sobre Delhumeau que ofrezca claves para explicar la transformación de sus juicios sobre la homosexualidad. El cronista que festinaba a los “jotos” de las “Coplas de Don Simón” pasó a condenar a los hombres “de mal aspecto y [cabello] relamido” en quienes veía una de las muchas expresiones de la condenable degeneración urbana.⁵⁹ Una posible explicación del giro en la apreciación de la homosexualidad es que *Los mil y un pecados* obedece ante todo a la lógica de la prensa policiaca y de la nota roja, en la que priva el criterio comercial. Es decir, el libro se inscribe en un nicho de la prensa comercial que Delhumeau se había abierto con el libro sobre las balmoreadas.

Reflexiones finales

En este trabajo argumenté que las balmoreadas efectuadas en la ciudad de México, en los así llamados fabulosos años veinte, se pueden considerar sociabilidades bohemias en las que la heterodoxia sexual era aceptada como parte de un afán de ensanchar las convenciones sociales y el orden de género, para aventurarse y vivir nuevas experiencias. Las fiestas reunieron a periodistas, escritores y profesionistas que disfrutaban de acudir a una vivienda modesta para ver el performance de una travesti que hacía gala del lenguaje corporal y la gestualidad masculinos.

Tras la muerte de Concepción Jurado, los balmoreadores se mantuvieron en contacto. En 1932, en el primer aniversario de su fallecimiento, se llevó a cabo una ceremonia de remembranza al pie del colorido mausoleo que, mediante una colecta, construyeron en su tumba, ubicada en el Panteón Civil de Dolores. Organizaron ceremonias fúnebres anualmente y varios de ellos escribieron sus recuerdos sobre Balmori.⁶⁰

Las balmoreadas se convirtieron en una leyenda urbana a mediados del siglo XX, cuando la corrupción gubernamental tanto a gran escala como en pequeño nivel –las llamadas “mordidas” eran

59. Delhumeau, 9.

60. Cervantes Morales, *Memorias de Don Carlos*, 49–53.

frecuentes para obtener servicios públicos de manera preferencial— y las campañas moralizadoras de los funcionarios públicos se convirtieron en el pan de todos los días del escenario político mexicano. Al mismo tiempo, la homosexualidad fue objeto de condena moral y provocó pánico. El investigador Robert McKee Irwin sostiene que, en México, el temor a la diversidad sexual era tan fuerte en tiempos de la segunda posguerra y de la Guerra Fría que sólo se podía escribir sobre la homosexualidad para declarar su inexistencia.⁶¹ La negación de la homosexualidad fue un ingrediente del desvanecimiento de la mayor parte de las referencias a la diversidad sexual en la memoria que se tiene de las balmoreadas. La versión más extendida sobre las fiestas de Balmori omite esa liberalidad sexual que era parte esencial del ambiente desafiante y de crítica a las convenciones sociales que se respiraba en aquellas reuniones.

61. Irwin, *Mexican Masculinities*, 199.